



LA RAZÓN HISTÓRICA. Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas. ISSN 1989-2659.

## **La tradición corporativa en Francia: socialismo, tradicionalismo y “comunidades naturales”.**

**Sergio Fernández Riquelme.**

*Historiador. Universidad de Murcia.*

**Resumen.** Socialismo y tradicionalismo, supuestos enemigos doctrinales (histórica e ideológicamente) presentan rasgos comunes, e incluso caminos paralelos, en la Historia de las ideas políticas y sociales, en especial sobre el tema del corporativismo. Como bien demostró en el caso español Gonzalo Fernández de la Mora, mostrando las raíces organicistas comunes en tradicionalistas y socialistas, e incluso de liberales (al calor de la introducción del krausismo en España), “lo corporativo” sigue siendo una realidad presente en el funcionamiento extraparlamentario (sindicatos y lobbys, colegios profesionales y grupos de presión, intereses económicos y poderes locales) de las democracias parlamentarias en Europa y en América a inicios del siglo XXI. Y esta realidad, en su trayecto histórico, puede ser ejemplificada en el caso francés, paradigma del centralismo estatista y laicista, pero sede también de importantes debates y teorías de naturaleza corporativa.

**Palabras clave.** Corporativismo, Francia, Socialismo, Tradición.

Así, y como otras modalidades de la Política social difundidas desde 1848<sup>1</sup>, el corporativismo fue respuesta directa a la *Cuestión social*, presentada por historiadores sociales, sociólogos y juristas como consecuencia del impacto de la Revolución industrial, y como un mal que afectaba a la relación armónica entre clases. Pero lo corporativo no solo asumió la forma de una política social jurídica (política del trabajo) o asistencial; su especificidad radicaba en su propuesta grupal de regulación del conflicto surgido en las relaciones entre la propiedad y el trabajo. Los *cuerpos sociales intermedios* desempeñaban para Patrick de Laubier, un papel mediador clave para alcanzar la finalidad de la Política social, la "*justice sociale*"<sup>2</sup>. El poder político se convertía por ello en "*l'intermédiaire de groupes organisés*", y el corporativismo aparecía como mediación entre el Estado y el Sindicalismo, los dos actores principales de la Política social.

En este contexto, el notable desarrollo conceptual y doctrinal del corporativismo francés, desde su génesis en el siglo XIX, de tanta influencia en España<sup>3</sup>, no fue siempre paralelo al

---

<sup>1</sup> Véase Jerónimo Molina, *La política social en la historia*. Murcia, Ediciones Isabor, 2004, págs. 160-189.

<sup>2</sup> La aparición de la Política social respondía a una combinación de factores económicos políticos y psicológicos propios del siglo XIX, resultantes de la industrialización, el progreso de la democracia en el seno de los Estados centralizados y la creciente conciencia sobre los derechos políticos y sociales. Así definía a la Política social como "el conjunto de medidas para elevar el nivel de vida de una nación, o cambiar las condiciones de vida material y cultural de la mayoría conforme a una conciencia progresiva de derechos sociales, teniendo en cuenta las posibilidades económicas y políticas de un país en un momento dado". Esta definición cubría, para De Laubier, "un dominio que se sitúa entre lo económico y lo político como medio de conservación o reforzamiento del poder el Estado". Patrick de Laubier, *La Politique sociale dans les sociétés industrielles. 1800 à nos jours*. París, Economica, 1984, págs. 8-9.

<sup>3</sup> Las concepciones reformistas o autoritarias del corporativismo alumbradas al otro lado de los Pirineos, ejercieron una enorme influencia en nuestro país, bien por la cercanía geográfica, bien por el ascendiente de superioridad intelectual que gran parte de los académicos hispanos les otorgó. Del corporativismo católico, la modernización funcional del pasado romántico de La Tour du Pin fue el referente básico del Estado corporativo de Aunós y del Estado nuevo de Pradera, mientras Albert de Mun marcó en buena medida a Severino Aznar. De Durkheim tomaron nota algunos intelectuales, más cercanos al naciente debate sobre la ciencia sociológica que a las siempre lejanas tesis sobre el positivismo y el funcionalismo: el krausoinstitucionista Azcárate criticaba el "sociologismo" de Durkheim por abordar la materia religiosa desde el positivismo sociológico. Véase Gumersindo de Azcárate, *La religión y las religiones*, Conferencia en la Sociedad El Sitio. Bilbao, 16 de mayo de 1909, págs. 259-260), Adolfo G. Posada fue lector suyo de la mano de Duguít y Le Bon, mientras Severino Aznar hacía referencia al prefacio de la segunda edición de la División apuntado que "toda escuela sociológica y positivista científica que tiene admiradores en todo el mundo culto ha llegado a las mismas conclusiones que desde hace medio siglo están difundiendo los reformadores sociales católicos. Durkheim, que no tiene ninguna religión positivista, y que es hoy el mayor prestigio sociológico de Francia, llegó a las mismas conclusiones que Hitze, sacerdote, uno de los más ilustres campeones del régimen corporativo de Alemania" Cfr. Severino Aznar *Estudios económicos y sociales*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1946, pág. 214. Las primeras ediciones de las obras de Durkheim en España reflejan, por sus fechas, cierta tardanza en su publicación, y por sus traductores, cierta pluralidad de corrientes: el abogado Antonio Ferrer y Robert, el jurista Mariano Ruiz Funes, el sociólogo Carlos G. Posada, el politólogo Francisco Cañada y el líder sindical Ángel Pestaña. Posteriormente fue objeto de atención por la filosofía social de la *Escuela de Madrid*, y en especial por José Ortega y Gasset y su modelo burgués y meritocrático, profesional y laico de "orden moral" para la sociedad de su época. Mientras, del corporativismo sindical implantado por la CGT, tomaron nota socialistas como Fabra, De los Ríos y Besteiro; del "nacionalismo integral" de Charles Maurras y el "legitimismo" de Bainville quienes ayudarían decisivamente al punto de inflexión de la tradición corporativa

de su institucionalización jurídico-política. Bajo la herencia de la *Ley Le Chapelier* (1791), que marcó el camino en Europa a la destrucción legal de las “comunidades naturales” (en esencia las funciones sociales de municipios, gremios y familias), durante el siglo XIX tanto el liberalismo jacobino como el doctrinario hicieron caso omiso a las propuestas “socialistas” de Luis Blanc y Hénri de Saint Simon, y al legado tradicionalista de Luis de Bonald [1754-1840] y de Joseph de Maistre [1753-1821].

Incluso, las propuestas de reforma corporativa del modelo constitucional de la III República francesa, preconizadas por Émile Durkheim, Frederic Le Play, Leon Duguit o M. Hariou, además de las tesis organicistas del liberal Bertrand de Jouvenel, no alcanzaron el sueño de una Cámara corporativa o gremial/profesional. Ni corporativismo ni *solidarismo*; sólo las presiones sindicales (con la CGT a la cabeza) y la influencia del *Reichwirtschaftsrat* de la Constitución de Weimar (1919), permitieron crear en Francia el *Consejo Nacional de economía* por el Decreto de 19 de enero de 1925, acuerdo corporativo reeditado en *L'Accord de Matignon* de junio de 1936 bajo la presidencia del frentepopulista León Blum [1872-1950] entre “les puissances économiques”: la CGPF empresarial y la CGT sindical<sup>4</sup>.

Pero en este proceso de infructuosa institucionalización destacaron las elaboraciones de la sociología católica. A. de Mun, L. Harmel, F. Le Play o R. la Tour asumían ciertas tesis de los legitimistas de Bainville y los tradicionalistas de Bonald, especialmente la idealización de la pretérita sociedad de estamentos y gremios, de jerarquía patriarcal y núcleos familiares, de autonomías y solidaridades comunales. Frédéric Le Play [1886-1882] planteó una concepción “subsidiaria” del reformismo obrero y social, que situaba a la familia como “prototype de l'Etat”<sup>5</sup>. Esta propuesta fue sintetizada en la doctrina que denominaba como “patronalismo”, desarrollada en *La réforme sociale en France* (1864) y *L'Organisation du travail* (1870). Partiendo de la subordinación de lo político a lo ético, y de la interacción entre ciencia positiva y religión, Aunós leía en Le Play como “las intervenciones del Estado deben ser muy espaciadas, concretas y llenas de circunscripción, mostrándose igualmente pesimista en lo que se refiere al papel que han de desempeñar las asociaciones de clase”, y complementadas por el trabajo doméstico, la función social de la familia y la conciliación sociolaboral<sup>6</sup>.

Igualmente, en el seno de la “L'Association Catholique” [1876-1890], junto al *Manuel d'une corporation chrétienne* (1890) de L.P. Harmel, destacó la obra del diputado católico Albert

---

española desde las páginas de *Acción española* o en el organicismo de la *Lliga catalanista* de F. Cambó y Ventosa.

<sup>4</sup> Al respecto véase Daniel Ligou, *Histoire du socialisme en France, 1871-1971*. París, Presses Universitaires de France, 1962, págs. 416-417.

<sup>5</sup> F. Ponteil, *Les classes bourgeoises et l'avenement de la démocratie, 1815-1914*. París, Albin Michel, 1968, págs. 438 sq.

<sup>6</sup> *Ídem*, pág. 482.

de Mun [1841-1914], dedicado no sólo a desarrollar los círculos católicos obreros en Francia, llegando hasta casi 30.000 miembros, o defender en el Parlamento de la III República los derechos de los fieles al magisterio vaticano; además generó una relevante teoría en sus discursos recogidos en *La question ouvrière* (1885) y *L'Organisation professionnelle* (1901)<sup>7</sup>.

Pero de todos los autores antes citados, destacó sobremanera el marqués René La Tour du Pin [1834-1942], de quién Aunós resaltaba su aportación de “los verdaderos cauces de las reformas sociales y de la organización corporativa”<sup>8</sup>. La Tour du Pin encabezó el modelo de Monarquía social católica desde la Francia finisecular. Frente al capitalismo burgués y el socialismo bolchevique, La Tour defendía la necesidad de un “*Orden social católico*” basado en la corporación profesional (de raigambre medieval): un orden que regulase corporativamente el mundo del trabajo (“*organización corporativa de los talleres*”), la economía y la política. “*La constitución nacional*” (o “*leyes fundamentales del Reino*”) era enemiga de las formas republicanas y monárquicas que sostenían el principio de la soberanía nacional. Las luchas sociales entre propietarios y obreros, la anarquía pública y el individualismo moral (visibles en 1848 y 1873) requerían con urgencia un nuevo modelo político social corporativo, de naturaleza cristiana y de modelo medieval-gremial.

La doctrina sobre un “orden social cristiano” de La Tour se fundaba en el magisterio pontificio (religión católica), la mitología medieval (monarquía tradicional) y la fenomenología social (corporativismo de Durkheim). Bajo estas tradiciones, su orden resultaba así católico (“*propiedad de Dios*” bajo administración humana), monárquico (“*un rey en la cúspide*” que “*cumple el más alto de los trabajos de la nación*” y por ese “*trabajo se hace verdaderamente rey*”) traducido al lenguaje político-social), y orgánico (“por el cual los elementos que la componen se sienten unidos y solidarios, formando parte de un conjunto orgánico”). Un orden que se encontraba en condiciones, para La Tour, de adaptarse a las mutaciones contemporáneas mediante un “*régimen corporativo*” que “*no debe implicar el retorno a las corporaciones medievales, sino la formación de otras más adecuadas al tiempo presente, a base de patrimonio corporativo, de la intervención en su constitución y gobierno de todos los elementos productores y el ascenso dentro de los oficios por obra de la capacidad profesional*”<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> G. Fernández de la Mora, *Los teóricos izquierdistas de la democracia orgánica*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986. pág. 175.

<sup>8</sup> Aunós lo llegaba a considerar como el verdadero “anti-Marx” en el prologará en la edición española René la Tour du Pin, *Hacia un orden social cristiano*. Madrid, Cultura español, 1936, pág. 34-35.

<sup>9</sup> *Ídem*, pág. 484. Sobre este periodo y estas ideas véase la completa obra de P.C. González Cuevas, *La tradición bloqueada: tres ideas políticas en España. El primer Ramiro de Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

Ahora bien, pese a décadas de notable fecundidad doctrinal, la escuela corporativa católica francesa se sometió, en gran parte, a las exigencias de *realliment* de la democracia cristiana con la III República francesa. Pese a ello, el fracaso del sistema político representativo de la III República, pese a la unidad nacional alcanzada por la movilización durante la I Guerra mundial, dio alas a nuevas fórmulas corporativas asentadas en regímenes fuertes y autoritarios, no directamente vinculadas al magisterio católico.

En este proceso jugaron un papel determinante los doctrinarios participantes en el diario *L'Action française* (1905-1945), continuador de la *Revue d'Action française* fundada por Jacques Bainville [1879-1936]; intelectuales que definieron un moderno nacionalismo contrarrevolucionario, el cual fue modelo de renovación de los discursos, medios de difusión y aparatos organizativos de la creciente derecha antiliberal española<sup>10</sup>. En este movimiento jugó un papel decisivo su principal fundador e ideólogo, Charles Maurras [1868-1952], que convenció a cierto sector del nacionalismo galo de la necesidad de las tesis monárquicas y católicas. Influidor por el nacionalismo de Maurice Barrès [1862-1923], Maurras retomó en esta revista el movimiento fundado en 1898 por el profesor de Filosofía Henri Vaugeois y el escritor Maurice Pujo. *Trois idées politiques* (1898)<sup>11</sup> fue el testimonio de su primera evolución ideológica<sup>12</sup>.

De la mano de Maurras se generaba un nuevo tradicionalismo francés que integraba el bagaje intelectual del nacionalismo laico y positivista. Tras situarse radicalmente en contra del régimen parlamentario de la III República, Maurras encabezó la modernización de la doctrina tradicionalista combinando el positivismo sociológico y el legitimismo orleanista de Bainville<sup>13</sup>. En su obra *Enquête sur la monarchie* (1900-1909) fue delimitando doctrinalmente este nacionalismo integral y monárquico, que atrajo a numerosos republicanos y sindicalistas vinculados al ideal corporativo o a posiciones antiparlamentarias; su síntesis entre Nación y Tradición rompía la histórica posición antinacional del legitimismo, atrayendo a numerosos sectores de las clases medias deudoras espirituales de un catolicismo convertido en factor de legitimación cultural y de cohesión social, aunque nunca en dogma a seguir (visible en el público agnosticismo de

---

<sup>10</sup> Su idea de "Monarquía neotradicional" afectó sobremanera a los alfonsinos de *Renovación española*, a los tradicionalistas de Pradera y a distintos intelectuales nacionalistas españoles (de Eugenio d'Ors a Ernesto Giménez Caballero). Con la lectura de Maurras, el neotradicionalismo hispano rescataba a Donoso y Balmes (entrelazados con Bonald y De Maistre), modernizaba la difusión de su doctrina y sus medios de movilización. Pese al agnosticismo declarado del doctrinario provenzal y la condena vaticana a través de la Encíclica *Nous avons lu*, varios elementos le hacían imprescindible: la restauración monárquica, el antidemocratismo corporativista, el nacionalismo tradicionalista, y la posibilidad de una *solución de fuerza* contrarrevolucionaria.

<sup>11</sup> Recogido en Charles Maurras, "Trois idées politiques", en *Romantisme et Révolution*. París, Nouvelle Librairie Nationale, 1922, págs. 262 sq.

<sup>12</sup> Herni Massi, *La vida intelectual en Francia en tiempo de Maurras*. Madrid, Rialp, 1956, págs. 21 sq.

<sup>13</sup> A quién prologó su obra Jacques Bainville, *Lectures*. París, Arthème Fayard, 1937.

Maurras)<sup>14</sup>. Maurras sintetizaba así las dispersas corrientes doctrinales de la derecha francesa, desde De Maistre hasta Bonald, pasando por Taine, Renan, Fustel de Coulanges - e incluso Proudhon- que había brotado a lo largo del siglo XIX como reacción al significado social y político de la Revolución de 1789 (tesis contenida en *Romantisme et Révolution*, 1922)<sup>15</sup>.

Con todo ello, desde una visión positivista propia, que designó con el nombre de “*empirismo organizador*”, Maurras proclamó un nuevo orden en la sociedad, regido por una serie de leyes descubiertas por la historia y la sociología<sup>16</sup>. Siguiendo a Comte, Maurras asimilaba la sociedad a la naturaleza como “*realidad objetiva*”, independiente de la voluntad humana<sup>17</sup>. La sociedad suponía un “*agregado natural*” determinado por las leyes de jerarquía, selección, continuidad y herencia; así criticaba el romanticismo estético y literario de J.J. Rousseau, y vinculaba este método con la tradición católica y clasicista francesa (*L'Action française et la religion catholique*, 1914). Por ello cuestionaba tanto la Revolución de 1789, auténtica insurrección contra la genuina tradición francesa, representada por el orden monárquico, católico y clásico, inicio de la decadencia nacional que Francia padecía a lo largo del siglo XIX, y que llegaría a su cenit con la derrota ante Prusia en 1870; como la III República, culminación de estas “*ideas destructivas*”, especialmente una democracia inorgánica que sacralizaba el régimen electivo, la centralización administrativa, el monopolio burocrático, y con ello, la desintegración de la sociedad y el debilitamiento de la nación.

Este nuevo orden propugnado por Maurras se materializaba, a través de una “*encuesta histórica*”, en la doctrina del nacionalismo integral y el ideal de la Monarquía como régimen de gobierno ideal y funcional<sup>18</sup>. La defensa de la nación francesa exigía la instauración de la monarquía tradicional y representativa, portadora de los valores característicos del catolicismo y del clasicismo<sup>19</sup>. Éste era el contenido de su “*politique d'abord*”, donde la monarquía hacía coincidir el interés personal del gobernante y el interés público, la herencia del poder político y la duración de la nación. Frente a la democracia republicana desorganizada, discontinua y dividida, “*el interés nacional*” exigía la inmediata supresión del parlamentarismo y de los partidos políticos. Frente a ellos, la

<sup>14</sup> Sobre los orígenes de este movimiento destacan las obras de Raoul Girardet, *Le Nationalisme français, 1871-1914*, Seuil, París, 1983 ; y François Huguenin, *À l'école de l'Action française*, Lattès, París, 1998.

<sup>15</sup> Sobre su influencia en España véase P.C. González Cuevas, “Charles Maurras y España”, en *Hispania*, vol. 54, nº 188. Madrid, CSIC, 1994, págs. 993-1040; y “Charles Maurras en Cataluña”, *Boletín de la real Academia de la Historia*, tomo 195, Cuaderno 2. Madrid, 1998, págs. 309-362.

<sup>16</sup> Charles Maurras, *Romantisme et Révolution*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1922, pág. 11.

<sup>17</sup> Ch. Maurras, “La politique religieuse”, en *La démocratie religieuse*. París, Nouvelles Editions Latines, 1978, pág. 289.

<sup>18</sup> Pierre Hericourt, *Charles Maurras, escritor político*. Madrid, Ateneo, 1953, págs. 13 sq.

<sup>19</sup> Dimensión de su pensamiento analizada por Alberto Caturelli, *La política de Maurras y la filosofía cristiana*. Madrid, Ed. Nuevo Orden, 1975.

nueva Monarquía “representativa” reuniría el principio político monocrático en el monarca (que reunía en su persona la totalidad del poder) y el principio democrático en un conjunto de cámaras de carácter corporativo<sup>20</sup>. El Estado recuperaría, así, sus funciones tradicionales, respetando la libertad económica y social en mano de los individuos y las corporaciones. Este régimen garantizaría tanto la descentralización territorial (reconstruyendo las regiones), como la profesional restaurando los gremios, moral y religiosamente (recuperando la influencia de la iglesia católica en la sociedad civil)<sup>21</sup>.

Así llegó el momento de *L'Action française*<sup>22</sup>, empresa intelectual a la que se sumaron el economista Georges Valois [1878-1945], el polemista Leon Daudet, el historiador Jacques Bainville, el crítico Jules Lemaître, y unas juventudes proselitistas llamadas “Camelots du Roi”<sup>23</sup>. Pero pronto se mostraron las veleidades políticas del grupo. En las elecciones de 1919 apoyaron a la Unión Nacional y lograron situar a Daudet en el Parlamento. Acusados de antisemitas y radicales, Pio XI condenó la obra de Maurras, situando sus libros en el *Index Librorum Prohibitorum* el 29 de diciembre de 1926. Ahora bien, estas condenas no frenaron adhesiones como las de Georges Bernanos o Robert Brasillach, pero tampoco defecciones como la del mismo Valois, fundador del *Faisceau*, o de Louis Dimierm, nuevo dirigente de *La Cagoule*.

Estas polémicas surgieron, en gran medida, de la posición ambivalente con respecto al fascismo italiano. Maurras alabó en numerosas ocasiones al nacionalismo fascista llegándolo a definir como “un socialismo libre de la democracia y de la lucha de clase”; pero también condenó tanto el totalitarismo de Mussolini como el estatismo exacerbado del nacionalsocialismo. En esta polémica medió el antiguo sindicalista Valois<sup>24</sup>, que propugnaba un entendimiento con estos regímenes, y con la “escuela” de Georges Sorel. Así nació el *Círculo Proudhon* (1911), movimiento cultural contrario a la democracia liberal y a favor de la descentralización regional. Pero las posiciones esencialmente revolucionarias de los sorealianos, irreductibles en el ideal de la lucha de clases, se mostraron finalmente inadmisibles para la tradición organicista y gremialista del nacionalismo integral de Maurras.

Georges Valois, pseudónimo de A.G. Greseent, vinculó tradicionalismo y fascismo en su obra *L'économie nouvelle* (1919). En ella planteaba un régimen sindical corporativizado,

---

<sup>20</sup> Ch. Maurras, *Encuesta sobre la Monarquía*. Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1935, págs. 65 y 705-706.

<sup>21</sup> Ch. Maurras, *Mes idées politiques*. París, Fayard, 1937, págs. 257 sq.

<sup>22</sup> Movimiento estudiado por Eugene Weber, *L'Action Française*. París, Fayard, 1985.

<sup>23</sup> Junto al diario *L'Action Française*, otros órganos de difusión de las ideas maurrasianas fueron el *Círculo Fustel de Coulanges* o la *Cátedra Syllabus*.

<sup>24</sup> Sobre su obra doctrinal podemos citar el estudio de Yves Guchet, *Georges Valois. L'action Française - Le Faisceau - La république Syndicale*. París, Albatros, 1975.

presidido por un gran Consejo económico y social nacional, articulado sobre la representación orgánica de oficios y regiones, y desarrollado a través de Consejos locales capaces de suministrar los representantes generales y de reflejar la voluntad de las pequeñas células de la vida social y económica<sup>25</sup>. Valois no hablaba del Parlamento del Trabajo socialista, sino de un esquema jerárquico dividido en escalones de producción y en necesidades económicas; por ello señalaba que “*este esquema reposa no sobre una ideología, sino sobre principios deducidos de la observación de los hechos contemporáneos, y tiene en cuenta las necesidades de la producción y de las creaciones espontáneas de la vida económica*”<sup>26</sup>. Esta preocupación por temas socioeconómicos le situó en la llamada “ala izquierda” de *Acción francesa*, ala que leía y debatía a Sorel y a Proudhon (*Le Monarchie et la classe ouvriere*, 1914, o *La Revolution nationale*, 1922), y fue atraído finalmente por la experiencia del fascismo italiano (*Le Fascisme*, 1927)<sup>27</sup>.

Años después, y a la sombra de Maurras, más de medio centenar de intelectuales buscaron en el *nacionalismo integral* el sistema político-social capaz de derrocar a la III República francesa. Esta generación tuvo su oportunidad en 1941, tras la división del país con la ocupación alemana. En febrero de 1941, Ch. Maurras denominó como “divina sorpresa” la decisión del mariscal Philippe Pétain [1856-1951] de expulsar a Pierre Laval del Gobierno; por ello apoyó de manera plena la política del Gobierno de Vichy, en el que vio el símbolo de la unidad nacional, como continuación de la *Unión sagrada* de 1914. El mismo mariscal llamó a Maurras y sus discípulos para dotar al nuevo Estado francés de un armazón doctrinal corporativo y antiparlamentario, amén de contar con “La legión de Combatientes y Voluntarios” del coronel La Roque como movimiento político, y de la integración de los miembros del PSF (*Partido Social francés*) y del PPF de Jaques Doriot (*Partido popular francés*).

Así, en el París ocupado por las fuerzas germanas, un sector declaradamente fascista se unió a las tesis de Drieu La Rochelle [1893-1945] sobre un Estado totalitario de extensión continental; mientras, en Vichy la “revolución nacional” desarrollada por Maurras tomó los valores conservadores de “*trabajo, familia y patria*”, alcanzando gran influencia los neotradicionalistas de Raphaël Alibert, convertido en ministro de Justicia, buscando establecer un régimen corporativo y agrarista. Los maurrasistas defendieron la retórica monárquica, los principios católicos, y la imagen idílica de la antigua sociedad gremialista y rural, gracias en gran medida a la labor de Philippe Henriot y Xavier Vallat desde la Secretaría de propaganda. Pese a su rotundo “antigermanismo”, al final de la II Guerra

<sup>25</sup> Georges Valois, *L'économie nouvelle*. París, Nouvelle Librairie Nationale, 1919, págs. 24 sq.

<sup>26</sup> Publicado en España como G. Valois, “La representación de intereses”, en *Acción española*, nº 51, Madrid, 1934, págs. 80 y 81.

<sup>27</sup> Eugene Weber, “Francia”, en H. Rogger y E. Weber, *op.cit.*, págs. 63-108.



mundial Ch. Maurras fue condenado a cadena perpetua y su revista fulminantemente prohibida. El nuevo régimen presidencialista y estatista marcado por el general Charles De Gaulle [1890-1970], dejó al corporativismo limitado a la burocratización del poderoso sindicalismo obrero y funcional, y a las propuestas “populistas” de Pierre Poujade [1920-2003]. Poujade fue el responsable de la fundación en 1954 de la *Union de défense des commerçants et artisans* (UDCA), movimiento en defensa de los intereses de las clases profesionales y grupos artesanales de las provincias francesas, frente al sistema fiscal estatal y el monopolio burocrático propio de la IV República<sup>28</sup>. El *poujadismo* se convirtió durante varias décadas en el portavoz de los “trabajadores independientes”, de los “artesanos y comerciantes de la Francia de abajo” contra las “200 familias privilegiadas”<sup>29</sup>.

---

<sup>28</sup> Poujade protagonizó desde 1953 una revuelta contra el Estado francés, encabezando un notable grupo de pequeños comerciantes que protestaba contra la que consideraban como una elevada presión tributaria, tanto normativa como administrativa. Nació el llamado “poujadismo”, que tras fundar el grupo político “Unión de Defensa de los Comerciantes y Artesanos (UDCA)”, entró en la misma Asamblea Nacional de 1956 con 52 escaños, entre ellos el de un joven J. M. Le Pen. Aunque la llegada del general De Gaulle, a la presidencia de la República en 1958, comenzó a frenar la expansión de este experimento político, que años más tarde el Frente Nacional quiso capitalizar como antecedente.

<sup>29</sup> Un testimonio directo lo encontramos en Pierre Poujade, *J'ai choisi le combat*. Saint-Céré, Société générale des éditions et des publications, 1955.